

Don Martín repuso el punto :  
 « ¿ Por qué tal sentencia tengo ? »  
 — Por traidor al soberano,  
 respondió el oidor sereno.  
 — Mentís, que traidor no he sido  
 ni en mi linaje lo cuento,  
 respondió el Marqués rabioso  
 con ojos como de fuego;  
 mas meditando que eran  
 inútiles sus esfuerzos  
 entregó al punto sus armas  
 y á todo quedó dispuesto.  
 De aquellas casas reales,  
 en apartado aposento,  
 don Martín Cortés quedóse  
 á merced de aquel Gobierno.  
 Y afuera, en las mismas horas  
 y sin ningún miramiento  
 á los dos hermanos Ávila,  
 como criminales reos,  
 á la inmunda cárcel pública  
 atados los condujeron.  
 El deán Chico de Molina,  
 y con él algunos clérigos  
 en la del Arzobispado  
 quedáronse como presos.  
 Y al rayar el día siguiente  
 se dió un alarmante acuerdo  
 arresando baja pena  
 de la vida á los adeptos  
 de don Martín, en sus casas,  
 sin atender á sus fueros.  
 Así quedaron Estrada,  
 Lope de Sosa, Pacheco,  
 Lorenzo y Luis de Castilla,  
 Ponce, Guzmán, Valdivieso,  
 Gutiérrez, Altamirano,

Córdoba, López, Canseco  
 y muchos otros, tenidos  
 por personas de abolengo.  
 La Audiencia recurrió entonces  
 á nombrar, llena de miedo,  
 á Francisco de Velasco  
 capitán general ; luego  
 se convocó sin tardanza  
 á muchos encomenderos  
 para que á los mandarines  
 lealtad jurasen de nuevo.  
 Los vengativos oidores,  
 cobardes, viles y abyectos,  
 apresuráronse unidos  
 á dar un terrible ejemplo  
 que bastase por sí solo  
 para amedrentar al pueblo.  
 Y á Alonso Ávila y su hermano,  
 con rencor infame y negro,  
 los juzgaron sin dejarles  
 para defenderse tiempo.  
 Confiscáronles sus bienes ;  
 sus papeles más secretos  
 registraron, sin hallarles  
 ni pruebas ni documentos  
 que mostrasen á las claras  
 cuanto en los dos supusieron.  
 Y condenados á muerte,  
 ni convictos ni confesos,  
 no bastaron á salvarlos  
 prerrogativas ni empeños.  
 La noche del tres agosto,  
 del ayo de mil quinientos  
 sesenta y seis, á las siete,  
 fueron sacados los reos,  
 montados en sendas mulas,  
 entre lágrimas y duelo.

Alonso, sin abatirse,  
 iba vestido de negro,  
 con humilde turca parda,  
 con gorra de terciopelo  
 orlada de negra pluma  
 y cadena de oro al cuello.  
 Gil González, llevó un traje  
 pardo, sencillo y modesto,  
 el mismo que estaba usando  
 la vez en que le prendieron.  
 En la sola y espaciosa  
 plaza principal de Méjico,  
 junto á las casas que siempre  
 ocupó el Ayuntamiento,  
 se alzó el fúnebre tablado  
 de negro paño cubierto  
 y que sólo algunas hachas  
 bañaban con fulgor trémulo.  
 En torno de aquel sombrío  
 cadalso, mudo y siniestro,  
 la multitud silenciosa  
 miró llegar á los reos.  
 Éstos, con sus confesores,  
 las toscas grádas subieron,  
 y ya junto á los verdugos,  
 al triste lance dispuestos,  
 cuando devotos rezaban  
 con sonora voz el Credo,  
 rodaron ambas cabezas  
 aterrorizando al pueblo.  
 ¡ Cuántos en aquel instante  
 en voz baja prometieron  
 vengar la sangre inocente  
 de los jóvenes aquellos!  
 Asustados los oidores,  
 algún desorden temiendo,  
 por barrios y callejuelas

fuertes rondas repartieron.  
 De los dos ajusticiados  
 condujéronse los cuerpos  
 á San Agustín, á darles  
 sepultura en el convento;  
 mas sus segadas cabezas  
 como enseñanza y ejemplo  
 en la casa de Cabildos  
 prendidas amanecieron.  
 Heridos los concejales  
 y avergonzados por esto  
 reclamaron á la Audiencia,  
 en su reclamo advirtiendo  
 que no había sido traidora  
 la ciudad, y no era honesto  
 infamar el sitio en donde  
 la representaban ellos.  
 Accedióse á la demanda  
 y las dos cabezas fueron  
 á decorar la picota  
 prendidas en clavos gruesos.  
 Allí las miraron muchos  
 hasta que pasado el tiempo  
 quitáronlas para unirlas  
 en la tumba con sus cuerpos.  
 Con tan sangrientas lecciones  
 cundió en los honrados pechos  
 más que la sed de venganza  
 el terror y el desconcierto.  
 Mediando el mes de septiembre  
 hubo un famoso suceso,  
 pues don Gastón de Peralta  
 llegó con ventura al puerto.  
 En Veracruz informaron  
 las gentes al Virrey nuevo  
 de que el gran marqués del Valle  
 estaba en Méjico preso;

y diéronle permenores  
 del cruel degollamiento  
 que dejó en los corazones  
 tanta angustia y tanto duelo.  
 El de Falcés, receloso,  
 resistió á venirse luego;  
 más pasada una semana  
 la marcha emprendió resuelto  
 con doce de sus sirvientes,  
 veinticuatro alabarderos  
 y un criado de confianza  
 poseedor de sus secretos.  
 Llegado aquí, dió señales  
 de prudente y circunspecto,  
 y sin atender hablillas,  
 ni rencores, ni despechos,  
 vió las sentencias dictadas  
 contra muchos de los presos,  
 y con tino y sin demora  
 dictó rápidos acuerdos.  
 Á don Luis Cortés, que estaba  
 ya sentenciado al degüello  
 y á perder todos sus bienes,  
 en revista le impusieron  
 servir en Orán diez años,  
 además del perdimiento  
 de las ricas propiedades  
 que por su padre le dieron.  
 Obligó al marqués del Valle,  
 su lealtad reconociendo,  
 á prestar pleito homenaje  
 como hidalgo caballero,  
 « de partirse de su casa  
 é ir á Veracruz derecho,  
 y sin derrota ni aparte  
 llegar de España á algún puerto,  
 y al cumplir cincuenta días

presentarse ante el Consejo  
 de las Indias, dando aviso  
 de haber cumplido con esto ».  
 Marchó el Marqués prontamente  
 y encargó al Virrey su feudo,  
 sin llevar más salvaguardia  
 que su propio juramento !

Solos dejó á los infantes  
 que causa inocente fueron  
 de las desgracias inmensas  
 de sí mismo y sus adeptos.

El rey Felipe engañado  
 por enemigos arteros,  
 que á don Gastón de Peralta  
 tuvieron envidia ó celo,  
 se alarmó con las noticias  
 que de Méjico le dieron,  
 y para, de la infidencia,  
 avocar conocimiento,  
 mandó tres visitadores  
 con poder grande y extenso.  
 Muñoz, Jarava y Carrillo  
 con tales cargos vinieron ;  
 en el mar murió Jarava,  
 y al fin sus dos compañeros  
 llegaron á ser en todo  
 árbitros, jueces y dueños.  
 Muñoz, tigre en forma humana,  
 déspota, cruel, soberbio,  
 cuanto Peralta apagara  
 feroz encendió de nuevo.  
 Volvió á la prisión á todos  
 los que declararon reos,  
 nuevos delitos fraguando,  
 nuevas cárceles abriendo  
 y odios, terrores y llantos

sembrando por todo el reino.  
 Ahorcó á Victoria y á Oñate  
 una mañana de enero,  
 y los hermanos Quesada  
 don Baltasar y don Pedro,  
 atados de pies y manos  
 en mulas sacados fueron,  
 gritando así por las calles  
 con voz clara un pregonero :  
 « Esta es justicia que manda  
 hacer el Rey, Señor nuestro,  
 á estos hombres por traidores,  
 que los degüellen por ello ;  
 ¡ quien tal hace que tal pague ! »  
 y así gritando y diciendo  
 hasta el cadalso llevaron  
 á los infelices reos.  
 Al par que mudo miraba  
 esa ejecución el pueblo,  
 á don Martín el bastardo,  
 mandó Muñoz poner preso,  
 y al ver que permanecía  
 en todo instante inconfeso,  
 ordenó que le aplicaran  
 el más horrible tormento,  
 el del agua y los cordeles  
 que daba pavor al verlo.  
 Pedro Baca y Juan Navarro  
 á Martín Cortés tendieron  
 sobre el potro, y en los brazos  
 sujetando los molledos,  
 y en los muslos y las piernas,  
 y de los pies en extremos,  
 los cordeles apretaron  
 con tal encono y tal celo  
 que el dolor hizo ponerse  
 á don Martín como un muerto.

« No tengo culpa ninguna,  
 — les dijo con triste acento —  
 no diré más aunque muera,  
 lo juro por Dios del cielo ».  
 Los verdugos implacables  
 mandaron aplicar luego  
 en la boca de la víctima  
 un tosco embudo de hierro,  
 y uno tras otro seis jarros  
 de á cuartillo más ó menos  
 de agua helada le vertían  
 sus respuestas inquiriendo.  
 Don Martín respondió siempre  
 lo que les dijo al comienzo,  
 logrando que los verdugos  
 se dieran por satisfechos.  
 Pasados algunos meses  
 condenáronlo á destierro  
 para que nunca á las Indias  
 retornara en ningún tiempo ;  
 dando quinientos ducados  
 en oro, y el juramento  
 de no tomar parte en nada  
 que ofendiese al Rey y al cielo.  
 Albornoz, Ruiz Castañeda,  
 Pérez Gómez, Valdivieso,  
 Gómez de Cáceres, Arias  
 y Baltasar de Sotelo,  
 después de iguales martirios  
 igual pena merecieron.  
 Con medidas tan atroces,  
 con proceder tan horrendo,  
 quedó la ciudad bien pronto  
 triste como un cementerio ;  
 pues los hombres ignoraban  
 en dónde encontrar los medios  
 para librarse de tantos

martirios y tantos riesgos.  
 No hay dolor que no concluya  
 ni mal que no tenga término,  
 y atravesando los mares  
 sobre las alas del viento,  
 llegaron al rey Felipe  
 las quejas de todo Méjico.  
 Para atajar tantos males  
 nombró el monarca al momento  
 á Villanueva y á Puga  
 (los dos oidores depuestos  
 y mandados á Castilla  
 por Valderrama en un tiempo)  
 para que viniesen ambos,  
 y aquí á Muñoz deponiendo,  
 lo mandaran á dar cuenta  
 al Rey de sus desafueros.  
 Cuando á la ciudad llegaron,  
 Muñoz, de inquietudes lleno,  
 fué á pasar Semana Santa,  
 de Santo Domingo al templo.  
 Allí en un dosel lujoso,  
 cercado de alabarderos,  
 escuchaba los oficios  
 dando espanto con su aspecto.  
 Una mañana temprano  
 los visitantes fueron  
 á buscarle hasta su celda,  
 mas él estaba durmiendo.  
 Ninguno osó despertarle,  
 mas trascurrido algún tiempo,  
 y cuando ya el sol estaba  
 muy alto en el claro cielo,  
 salió el paje de servicio  
 á decir lleno de miel,  
 que á su Excelencia esperaban  
 con ansia dos caballeros.

Muñoz, orgulloso siempre,  
 dió por respuesta el silencio,  
 y ni besarle la mano  
 consintió á su camarero.  
 Con indolencia vistióse,  
 abrió por fin su aposento  
 y recibió á sus visitas  
 con mal humor y mal ceño.  
 Después de algunos desdenes,  
 Villanueva, ya colérico,  
 dijo al secretario Agurto,  
 que allí penetró con ellos :  
 « Leed la cédula expedida  
 por el Rey y señor nuestro,  
 y al señor Muñoz que escucha,  
 notificádsela luego ».  
 Y á medida que aquel hombre  
 fué las palabras oyendo,  
 mostróse tan abatido  
 cuanto antes era soberbio.  
 No murmuró ni una frase,  
 no se le escapó un acento,  
 y temblaba de vergüenza,  
 de humillación y de miedo.  
 De caer, estuvo al punto,  
 desmayado sobre el suelo,  
 cuando escuchó á Villanueva  
 decirle en tono severo :  
 « Bajo pena de la vida  
 os doy tres horas de término  
 contadas desde este instante  
 para que salgáis de Méjico ».  
 Y volviéndole la espalda  
 con insolente desprecio,  
 dejó á Muñoz en la celda  
 tan pálido como un muerto.  
 Y aquel déspota sin nombre

y tirano sin ejemplo,  
 huyóse á pie, sin custodia,  
 con grandes remordimientos,  
 dándole el brazo á Carrillo,  
 su torpe y vil compañero.  
 No á todos los conjurados  
 el destino les fué adverso,  
 que el noble marqués del Valle  
 resultó en España absuelto.  
 De sus numerosos bienes  
 levantáronle el secuestro,  
 y de su alto señorío  
 diéronle también reintegro.  
 Don Martín, murió en España  
 y allí quedaron sus deudos ;  
 y al fin volvió á la Colonia  
 el cuarto marqués, don Pedro,  
 con cuya muerte, quedóse  
 extinguida en este suelo  
 la rama de los varones  
 del gran don Hernando nietos.  
 De don Martín el bastardo  
 nada nos revela el tiempo,  
 y don Luis murió muy pobre  
 y muy olvidado en Méjico.  
 En el mundo todo pasa,  
 todo en la vida es un sueño,  
 y en la muerte son iguales  
 los nobles y los plebeyos.  
 Si al soplo de la fortuna  
 son cual robles los soberbios,  
 también para el roble hay rayos  
 que lo derriban al suelo.  
 Hoy que han corrido los siglos,  
 la verdad se abre un sendero,  
 y juzgando sin pasiones  
 á los reyes y á los siervos

como mártires miramos  
 á los que entonces murieron ;  
 y una memoria muy triste,  
 un doloroso recuerdo  
 la « calle de los Rebeldes »<sup>1</sup>  
 despierta en sensibles pechos  
 al pensar que se ahogó en sangre  
 la Conjuración de Méjico.

<sup>1</sup> Púsose el nombre de los Rebeldes á dicha calle, porque en ella vivieron varios de los conjurados; pero la casa que fué propiedad de Alonso de Ávilla, estuvo en un lugar que por real cédula de 18 de julio de 1580 se concedió á la Universidad para fundar y labrar Escuelas, y segun dice Alaman en sus disertaciones, « estaba en la calle del Reloj, esquina á la de Santa Teresa, donde ahora se halla la botica de Cervantes ». (Hoy es botica de D. Félix Lelo de Larrea).

## EL HOSPICIO DE POBRES

Quien llevó en la vida el nombre  
de Ortiz Cortés don Fernando,  
fué un ejemplar sacerdote  
que nunca será olvidado.

En mil setecientos uno  
nació varón tan preclaro,  
y vino á la Nueva España  
para dar gloria á los hábitos.

Era un español de aquellos  
que por su carácter franco  
y sus costumbres austeras  
y su virtud sin resabios,

hízose amar de los pobres  
que cual padre le miraron,  
pues en todos los pesares  
les abrió el alma y los brazos.

De la catedral de Méjico  
fué chantre por muchos años,  
sin que á sus propias riquezas  
estorbara tal encargo.

Y así compartió sus horas  
con la caridad por faro,  
ya en la calle en santas obras,  
ya en el coro con los cantos.

Ortiz Cortés, una tarde  
del segundo mes del año  
mil setecientos sesenta,  
fecundo en males y estragos,

salió á pie, después del coro,  
y fué sin sentirlo, andando  
por Plateros, San Francisco,  
Corpus Christi y el Calvario.

Ya en aquel sitio (hoy hermoso,  
alegre y aristocrático),  
entonces escueto, triste  
y sucio y abandonado ;

contempló las miserables  
chozas de carrizo y barro,  
y las gentes que escondían  
allí miserias y andrajos.

Entróse sin miedo alguno  
á tan asquerosos antros  
y les dió á muchos consuelo,  
y á no pocos les dió cuartos.

Siguió en silencio su marcha,  
y ya en lo más apartado,  
en una lejana choza,  
oyó unos gritos amargos.

Adelantóse confuso  
y enternecido, notando  
que eran los gritos de un niño  
por lo agudos y cortados.

Llegó á los pocos instantes  
hasta el *jacal* solitario,  
y con sus azules ojos  
contempló este horrible cuadro :

Tendida en húmedo suelo,  
con cuerpo y rostro muy pálidos,

estaba una mujer muerta  
junto á un hornillo apagado.

Sobre la mujer, un niño  
de poco menos de un año,  
lloraba al chupar un seno  
seco, amarillo y helado.

Con lágrimas en los ojos,  
se arrodilló don Fernando,  
y con celestial ternura  
levantó al niño en sus brazos.

Con su pañuelo de hierbas  
cubrió el cuerpecito flaco,  
y como amoroso padre  
lo envolvió en su negro manto.

Ya con tan ligera carga  
salióse á violentos pasos  
y estas frases de ternura  
se escucharon de sus labios :

« ¡ Oh Dios que todo lo puedes,  
prolonga un poco mis años  
para cumplir el consejo  
que en este instante me has dado !

» Si á mí el dinero me sobra,  
quiero en tu nombre gastarlo,  
en alzar aquí un hospicio  
que dé á los niños amparo.

» ¡ Oh Dios, bendice á los pobres,  
yo los busco, yo los amo,  
y « caridad es amor »  
según nos dice san Pablo ».

Y luego, sobre la frente  
de aquel ser infeliz,  
dió un beso dulce, sin mancha,  
paternal, amante y casto.

Y mientras el sol hundía  
su rojo disco en ocaso,  
era de ver á aquel hombre  
con gran avidez buscando

quien se encargara del niño  
que puso Dios en sus manos,  
y al cual y con voz muy baja  
iba diciendo entre tanto :

« No llores, hijo, no llores,  
que para ti y tus hermanos,  
si Dios me prestare vida,  
yo fabricaré un palacio ».

Y después de tal promesa,  
sin reparar en obstáculos,  
venciendo inmensos escollos  
y mil peligros salvando,

la fábrica del Hospicio  
comenzó aquel noble anciano,  
sin serle gravoso á nadie  
ni acudir á ajeno erario.

Después de grandes fatigas  
y de constantes trabajos,  
cuando Ortiz Cortés llevaba  
de obra tan santa seis años,

murió sin mirar el término,  
pero prosiguió su encargo  
su amigo más cariñoso,  
el doctor Ambrosio Llanos.

Breves pasarán los siglos,  
veloces huirán los años,  
distintas generaciones  
irán rápidas pasando,

y en pie estará el monumento  
por aquel varón alzado



á la orfandad, á la angustia,  
á la amargura y al llanto.

Tras los imponentes muros  
de aquel asilo sagrado,  
queda por dulce recuerdo  
de Ortíz Cortés el retrato :

Ojos dulces y apacibles,  
azules como el espacio;  
frente blanca y espaciosa  
que vierte luz como un astro.

Franca y noble la sonrisa;  
brillante el cabello cano,  
y en la actitud y el conjunto  
la majestad de los sabios !

Allí está como si hablase  
aquel varón justo y santo;  
y en cada vez que lo miro,  
pues me gozo en contemplarlo,

surge á mis ojos la escena  
que con rudos versos narro,  
y reconstruye mi mente  
aquel espantoso cuadro :

« Una mujer muerta de hambre,  
y llorando en su regazo  
un niño que chupa el seno  
seco, amarillo y helado ».

Y diviso al sacerdote  
y al huerfanito en sus brazos,  
que recoge como arrullos  
esto que dice el anciano :

« No llores, hijo, no llores,  
que para ti y tus hermanos  
si llores me prestare vida  
yo fabricaré un palacio ».

¡ Oh varón noble y egregio,  
te dió el sepulcro descanso,  
mas vives en la memoria  
del pueblo que amaste tanto !

Si es el Hospicio de Pobres  
tu monumento más alto,  
tu nombre es de los que suenan  
como oración en mis labios !

## LA FUNDACIÓN DE « LA CUNA »

## I

¡ Oh madres, las que sois buenas  
y para los hijos, ángeles;  
tod@s vuestros sacrificios  
los guarda este nombre : ¡ madres!

Como vosotras ninguna  
es de Dios mejor imagen,  
que mientras vivís vosotras  
Dios no falta en los hogares.

Encomiar vuestras virtudes  
cumple á bardos inmortales,  
que no hay pincel que las pinte  
ni lienzo que las retrate.

¡ Oh madres, todas ternura,  
las santas, las intachables,  
las que endulzáis con plegarias  
la hiel de vuestros pesares!

Apartad de aquestos versos  
los ojos que llorar saben,  
para que no os entristezcan,  
ni os repugnen, ni os amarguen.

La mujer que cifra todo  
cuanto tiene y cuanto vale  
en ser amparo del hijo  
que de sus entrañas nace,

merece las bendiciones  
de los buenos, de los grandes,  
pues que de austeras virtudes  
es venero inagotable.

Esa no mide martirios,  
y como estrella radiante  
en las noches de la vida,  
en el mar de las edades,

surge apacible y hermosa,  
sin que haya nada ni nadie  
que en amor, en fortaleza  
y en abnegación le iguale!

¡ Oh madres que tanto admiran  
y que son de Dios imagen,  
no fijéis los dulces ojos  
en mis amargos cantares!

Hablo de mujeres torpes  
que á los tigres y chacales  
dan espanto y avergüenzan  
con sus horribles maldades.

Las que abandonan al hijo  
ó le obligan á que baje  
los ojos, cuando le dicen :  
« ¡ Te ha dado el ser una infame ! »

Mengua de la stirpe humana,  
tras del lujoso ropaje  
llevan el remordimiento  
como eterno y negro cáncer.

No tendrán horas tranquilas,  
sus horas serán pesares,

y morirá sobre un lecho  
del hospital ó la cárcel.

No extrañéis que quien las mire  
con indignación exclame :  
¡ Ay, no todas las mujeres  
que tienen hijos, son madres!

## II

Era... pero callo el nombre  
porque mi pluma se mancha,  
una interesante moza  
de familia noble y alta.

Los ojos grandes y hermosos,  
los labios de viva grana,  
el cuerpo airoso y flexible  
como junco ó como palma.

La tez de rosa y de nieve,  
menudos dientes de nácar;  
pies diminutos y bellos,  
manos de armiño en lo blancas.

Cabellera negra, espesa,  
sedosa y ensortijada,  
que suelta semeja un manto  
sobre la mórbida espalda.

Sonrisa de cielo abierto,  
fácil y dulce palabra,  
y oculto entre tanto hechizo  
un abismo negro : el alma.

No faltaron entre muchos  
jóvenes de nombre y fama,  
esclavos de su hermosura  
y cautivos de sus gracias,

quienes su mano pidieron,  
con la ambición noble y santa

de unirse en estrechos lazos  
con beldad tan celebrada.

Mas ella nególe á todos  
tan amorosa demanda,  
diciendo que aun no sentía  
del amor la intensa llama.

Era entonces don Francisco  
Antonio de Lorenzana,  
arzobispo en la opulenta  
capital de Nueva España.

Fueron tantos los favores  
que impartió á las clases bajas,  
y en su augusto ministerio  
fueron sus virtudes tantas,

que como á un ser de otros mundos  
las gentes lo contemplaban,  
cayendo, al verlo, gustosas  
de rodillas á sus plantas.

En cierta ocasión, la moza  
que á tanto doncel negara  
su corazón y su mano  
por no estar enamorada,

amó con locura ciega  
y con pasión insensata  
á un joven, hijo del pueblo,  
que entró á servir á su casa.

Aquella pasión impura  
atizó sus rojas ascuas  
y fructificó en la sombra  
pavorizando á la dama.

— « Antes que escándalos — dijo —  
que me deshonran y manchan,  
buscaré por cualquier medio  
salvación segura y rápida ».

Era por mil setecientos  
sesenta y seis; aun no estaba  
poblado el barrio que hoy día  
de « Los Angeles se llama »,

y mediando el mes de agosto,  
fué á tal barrio disfrazada  
con un rebocillo humilde  
y unas sencillas enaguas,

la joven que á cien donceles  
rechazó altiva é ingrata ;  
y allí, en apartado sitio,  
al borde de impura zanja,

dejó en horrible abandono,  
sin darle ni una mirada,  
sentenciado á pronta muerte,  
el fruto de sus entrañas.

Y entre la sombra, sin nadie  
que sus pasos vigilara,  
volvió á reposar tranquila  
y sin temor á su casa.

Cuando apareció en oriente  
el albor de la mañana,  
y saludaron su arribo  
los pájaros en las ramas,

un lacayo con librea  
amarilla y encarnada,  
se puso de pie en la puerta  
de la alcoba de la dama,

por si acaso le pedía  
el espumoso Caracas,  
ir á llevárselo al punto  
en mancerina de plata.

Entré tanto, el bondadoso  
arzobispo Lorenzana,

que muy temprano en su coche  
iba á calles apartadas

en busca de pobres gentes  
para consolar desgracias,  
en « Los Angeles » hallóse  
con este cuadro que espanta :

Sobre un montón de basura,  
á los bordes de una zanja,  
disputan hambrientos canes  
una presa ensangrentada.

Oye un grito el arzobispo,  
del coche veloz se baja,  
y se encuentra con asombro  
con una criatura humana.

¡ Un niño recién nacido  
llora con voz apagada,  
lleno de sangre, de cieno,  
de miseria y de desgracia !

Conmovido aquel apóstol  
de caridad, lo levanta  
y lo envuelve con sus ropas,  
sin reparar si las mancha.

Y entrando de nuevo al coche,  
ya con tan preciosa carga,  
no lo mira, porque nublan  
su claros ojos las lágrimas.

La criatura ya agoniza  
por tanto que se desangran  
las heridas que le abrieran  
los canes que lo cercaban.

Detiene el carruaje entonces  
el prelado, en una casa,  
y para salvar al niño  
prontos auxilios demanda.

Dios lo protege en la empresa;  
y después de obra tan santa,  
funda en aquel mismo día  
la « Inclusa », que á tantos salva.

Era el obispo hombre activo,  
y ni un instante descansa  
hasta mirar concluida  
la nueva mansión sagrada.

Evita así nuevos crímenes;  
sin medir las cifras gasta,  
y consiente que su nombre,  
que nunca ha tenido mancha,

lo lleven los pobres niños  
que las madres sin entrañas  
abandonan á la muerte,  
al deshonor y á la infamia.

Ha corrido más de un siglo  
desde aquella escena extraña,  
y hay mil seres que bendicen  
al cardenal Lorenzana <sup>1</sup>.

Él abrió un puerto seguro  
en el mar de la desgracia,  
á cuantos niños el crimen  
sigue empujando á sus playas.

Tienen por nombre su nombre,  
tienen por casa su casa,  
por blasones sus virtudes.

<sup>1</sup> El arzobispo don Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón, compró de sus rentas en 1767 el edificio donde se conserva la Casa de Expósitos, le dió su reglamento, sostuvo todos sus gastos y lo vigiló hasta 1771 en que volvió á España, donde ocupó el alto puesto de Cardenal-Arzbispo de Toledo. Después siguió protegiendo ese Asilo, el inolvidable y benéfico arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta.

por lección sus enseñanzas.

Una noche oscura y fría,  
yo, con mis penas amargas,  
pasé frente al santo asilo  
que « La Cuna » todos llaman,

y escuché á un hijo del pueblo  
cantar con estas palabras  
que cual hierro derretido  
me cayeron en el alma :

« De las madres al cariño  
no iguala cosa ninguna;  
y esto me lo dijo un niño  
de la « Casa de la Cuna ».

## LA ERMITA DE JUAN GARRIDO

LEYENDA DEL HOSPITAL DE SAN HIPÓLITO

AL INSIGNE ARTISTA MANUEL TORRES

## I

Manchando el manto de pluma  
que de un bravo heredó un día,  
murió, tras lenta agonía,  
el déspota Moctezuma.  
No causa dolor ni abruma  
su muerte á propios y extraños,  
supersticiones, engaños,  
crueldades, rencor y encono,  
lo han hecho odioso en el trono  
diez y ocho terribles años.

Mirando un ente divino  
en el invasor ibero,  
se le ofreció cual certero  
instrumento del Destino.  
¿Cómo cerrar el camino  
á heraldos de nueva luz?  
Y la cota, el arcabuz,  
la lombarda y la tizona,

convirtieron su corona  
en esclava de la cruz.

¡ Pobre rey, torpe y menguado !  
Murió de Cortés cautivo,  
sin ser por el pueblo altivo  
ni sentido ni llorado.  
A su muerte, el pueblo airado  
buscó entre la noble grey  
quien de la patria y la ley  
vengara tantos agravios,  
y á un tiempo todos los labios  
nombraron á un mismo Rey.

Á Cuitláhuac, un valiente  
jefe de bravos guerreros,  
que odiaba á los extranjeros  
con odio intenso y creciente;  
que rogó incesantemente  
á Moctezuma, su hermano,  
combatiera al castellano  
frente á frente y sin temor,  
como guardián del honor  
del Imperio mejicano.

Era un joven de alma pura,  
de carácter sin doblez,  
de fina y morena tez  
y corpulenta estatura.  
Lacia cabellera oscura,  
diadema del rostro oval,  
daba al conjunto marcial  
ese tono hermoso y fiero  
propio sólo de un guerrero  
ó de un águila caudal.

Cuitláhuac, desde la cuna  
trajo la heroica misión  
de morir por su nación,

con desgracia ó con fortuna.  
No pierde ocasión alguna  
de darle cima á su afán;  
mira que en Tenoch están  
las legiones invasoras,  
y quiere que en breves horas  
mueran en Tenochtitlán.

Y sin la esperanza cierta  
de una segura victoria,  
sed de muerte, no de gloria  
en sus guerreros despierta.  
Todos velarán alerta,  
y á una señal convenida,  
darán tan fiera embestida  
á Cortés y sus vasallos,  
que ni gentes, ni caballos  
amanecerán con vida.

Que todos á un tiempo mismo,  
viendo en el templo una pira,  
se enciendan en santa ira  
de venganza y patriotismo.  
Impulsará al heroísmo  
del *teponaxtle* el rumor,  
y ¡ay! del que por vil temor  
no acuda al fiero combate,  
quien lo encuentre, que lo mate  
por cobarde y por traidor!

Cortés, á quien nada asombra,  
grandes desgracias presente,  
y ordena salga su gente  
con sigilo y en la sombra.  
Conoce á todos, y nombra  
á los de mayor decoro  
para que el rico tesoro  
salvaran, que poseía;

tesoro que contenía  
barras y tejos de oro.

Dispuesta en orden marcial  
la siniestra retirada,  
la vanguardia va mandada  
por Gonzalo Sandoval.  
De hombre tan bravo y leal  
descientos infantes son;  
con un pequeño escuadrón  
por Lugo y Ordaz mandado,  
y á retaguardia Alvarado  
con Velásquez de León.

En el centro y vigilando  
equipajes y cañones,  
con cien valientes dragones  
marcha airoso don Hernando.  
En torno suyo, explorando  
emboscadas y senderos,  
le custodian tres guerreros  
evitando artero ardid:  
Ávila, Morla y Oíid,  
valientes y caballeros.

Cortés mandó á Magarino  
que un gran puente construyera  
con el cual salvar pudiera  
los canales del camino.  
Todo, con prudencia y tino,  
para un buen fin preparó;  
la media noche llegó;  
rezó misa el padre Olmedo,  
y de la ciudad muy quedo  
el ejército salió.

## II

Atruená la inmensidad  
el rayo, sierpe de fuego,

que surge, rebrama y luego  
difunde la tempestad.  
De Tenoch en la ciudad  
la lluvia cae á torrentes;  
el viento en muros y puentes  
levanta un triste rumor  
que espanta al Conquistador  
y á sus aguerridas gentes.

No hay en los contornos vagos  
ni un solo hachón encendido;  
ébanos en la sombra hundido  
es el cristal de los lagos.  
Símbolo de los estragos  
que al pueblo diezman y azotan,  
Cortés y los suyos notan  
bultos que informes navegan:  
¡ restos humanos que llegan  
y cadáveres que flotan!

De pronto, cuando imagina  
don Hernando estar salvado  
y ve á Sandoval osado  
que sobre el puente camina,  
oye una voz femenina  
que grita con hondo afán:  
— « ¡ Tus enemigos se van  
viendo que no estás alerta!  
¡ Sal á matarlos! ¡ Despierta,  
pueblo de Tenochtitlán! »

Cunde el siniestro rumor,  
y allá de lejos se mira  
ardiendo en alto una pira  
que lanza vivo fulgor;  
suena en el templo mayor  
el *teponaxtle* sagrado,  
y Cortés mira asombrado  
que de la ciudad entera

surge como hambrienta fiera  
el pueblo desenfrenado.

Los indios con fiero empuje,  
de sus derechos en nombre,  
álzase cual un solo hombre  
que ciego de encono ruge.  
Do quier por los aires cruje  
el agudo pedernal,  
que en el bruñido metal  
de la castellana cota  
resbala, salta ó se embota  
con estallido infernal.

Y está la noche sombría,  
la sorpresa ha sido aleve,  
y entre las tinieblas llueve  
con tenaz monotonía.  
La confusa gritería  
convoca á horrible matanza,  
y no hay arcabuz ni lanza  
que al pueblo azteca intimide,  
porque está humillado y pide  
libertad, muerte y venganza.

En densa pavorosa brega  
con el indio el bravo ibero;  
el canal con el sendero  
confúndense en la refriega.  
La angosta calzada riega  
agua y sangre á un tiempo mismo;  
en ignorado heroísmo  
mueren indios é invasores  
en medio de los horrores  
del más tenebroso abismo.

Pretende alzar Magarino  
el puente, y su intento es vano,  
pues lo sepulta el pantano



insondable del camino.  
Sandoval y Ortiz, con tino,  
el foso cruzan á nado;  
de Hernán Cortés cae al lado  
Juan Salazar moribundo,  
y en el zanjón más profundo  
con muertos forman el vado.

Alvarado, en espantoso  
combate, con gran pujanza  
clava entre muertos su lanza  
y de un salto salva el foso.  
Mata á Morla un desastroso  
golpe de dura macana,  
y al rayar de la mañana  
daban compasión y espanto  
tantos estragos y tanto  
despojo de carne humana.

Por los indios perseguido,  
ya sin casco ni rodela,  
cae de su corcel, que vuela,  
el soldado Juan Garrido.  
Sin defensa y mal herido,  
ve la región infinita  
y exclama: « — ¡Virgen bendita!  
¡sálvame en tan grande apuro,  
y en este lugar te juro  
que levantaré una ermita! »<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Dice Orozco y Berra:

« Frente al lugar donde hoy está la iglesia, existía en 1520 la segunda cortadura ó foso con fortificación que defendía la calzada que comunicaba la ciudad azteca con la tierra firme.

En ese punto sufrieron los castellanos durante la conquista el mayor desbarato en la infausta jornada apellidada por ellos la « Noche Triste ». Cuantos sobrevivieron conservaron fresca la memoria de la sangrienta rota, y á fin de perpetuarla levantaron allí una pequeña ermita conocida por « de Juan Garrido », porque este soldado la construyó casi

Y cumplió como leal,  
de gratitud dando ejemplo;  
la ermita se trocó en templo,  
y el templo tuvo hospital.  
De aquel suceso fatal  
un doble recuerdo existe,  
y si ya nada reviste  
de su forma primitiva,  
es una página viva  
de la inmortal « Noche Triste ».

Un hombre de corazón<sup>1</sup>  
fundó una casa bendita,  
cabe la modesta ermita  
que erigió la devoción.  
Aplauso y admiración  
siglo tras siglo ha tenido,  
pues con su obra ha difundido  
más amor y caridad  
que la que alzó la piedad  
ó el temor de Juan Garrido.

luego que fué reedificada la destruida Tenochtitlán. Poco después la ermita se llamaba « de los Mártires », tal vez con la esperanza de hacer aparecer á los aventureros como defensores de fe. Más tarde, la ermita, en conmemoración del 15 de agosto de 1521, en que fué tomada la ciudad, quedó dedicada á San Hipólito, nombre que todavía conserva.

<sup>2</sup> Bernardino Álvarez pidió y obtuvo el terreno erial que se extendía junto á la ermita, dándosele permiso el 28 de enero de 1567 para fundar un hospital con el nombre de San Hipólito, y con sus bienes y las limosnas que le dieron fabricó algunas piezas, é inmediatamente comenzó á recoger pobres, enfermos, viejos y locos, á los cuales atendía y regalaba; después avió una crecida recua, ocupada en ir á la Veracruz y traer á la ciudad á los enfermos pobres y á las personas sanas que llegaban de España sin destino ni arri-mo, á las cuales decían *polizones*.

(Orozco y Berra, Memoria, para el Plano de la Ciudad de Méjico).